

los austriacos penetrasen en Baviera. «Se trata, escribía á Talleyrand el día 25 de Agosto, de que me ganéis veinticuatro horas, y de impedir á los austriacos que pasen el Inn, mientras yo me dirijo al Rhin.»

Si su proyecto, pues, hubiese sido desde entonces cortarles de su base de operaciones, no sólo tenía interés en dejarles pasar el Inn, sino de que se adelantasen por Suabia; pero lejos de suponerles la intención de querer ocupar á Ulm, escribía el mismo día al elector de Baviera, «que le hiciese preparar en dicha plaza quinientas mil raciones de galleta.» En verdad todavía no pensaba más que en tomar el camino más corto y más directo para llegar al corazón de la monarquía austriaca, atacarla con un ejército hasta tal punto superior en número y cualidad á las tropas de Mack que no tuvieran más que hacer que acercarse á él para destruirle. La extensión que habían tomado las conquistas de Francia, le daban grandes facilidades para llegar á dicho objeto. Teniendo en su posesión todos los pasos del Rhin, no tenía por qué preocuparse del paso de esta barrera antes cosa no poco difícil; por aliados secretos ó públicos tenía á todos esos Estados cuya neutralidad hasta entonces había tenido que respetar ó combatir, los electorados de Hesse-Darmstadt, de Baden, de Wurtemberg, de Baviera; tenía, en fin, en Hannover y en Holanda, dos cuerpos de ejército considerables que podían llegar hasta el Danubio en quince ó veinte marchas, dando la vuelta al Rhin y á todos esos desfiladeros de la Selva Negra cuya ocupación tanta sangre había costado en otro tiempo.

Napoleon se presentaba ahora de frente contra Austria con un ejército de 300.000 hombres, en un momento en que esta potencia podía oponerle apenas 80.000 hombres en Alemania, por consiguiente lo que debía preocuparle ante todo era el tomar el camino más corto, para llegar al Danubio y destruir á Mack antes de la llegada de los rusos. Ese camino estaba claramente indicado, era por la Hesse, la parte Norte de Baden y del Wurtemberg. La obligación en que estaba de unirse, en Franconia, con los cuerpos que Bernadotte le llevaba del Hannover por Goettinga, y Marmont de Holanda por Maguncia, le hacía de este itinerario una necesidad. Es, pues, soberanamente pueril elogiarle á este propósito, de no haber pensado en operar por la parte de Suiza y del lago de Constanza, y recomenzar la campaña de Moreau en 1800, es decir, no haber dado un rodeo de 150 leguas por comarcas en parte impracticables, para encerrar en Suabia un enemigo que no estaba allí.

Todo había cambiado desde entonces, lo mismo para las posiciones que en la fuerza de los ejércitos; en vez de tener á Kray en el Rhin tenía que combatir á Mack en el Inn, cerca de 100 leguas atrás de dicha posición; en vez de mandar á un ejército apenas igual á las fuerzas austriacas, obligado á hacer un destacamento del cuarto de su efectivo, subordinado á los movimientos de la de Italia, Napoleon tenía un ejército más que doble del de su adversario, era libre en sus movimientos, y disponía como amo de todos los recursos de un vasto imperio; nada, en fin, continuaba en el mismo estado de cosas ni aún esta misma famosa posición de Ulm, antes la llave del valle del Danubio, y en la cual Kray había podido sostener un tan largo sitio, gracias á las instrucciones que paralizaban á Moreau. Ahora la plaza tenía aún más fortificaciones, pero las de su campo atrincherado habían sido arrasadas y no podían ofrecer protección alguna al ejército austriaco en el caso de que Mack hubiese tenido la idea de establecerse allí.

Mientras que sus soldados ejecutaban esa marcha atrevida, Napoleon multiplicaba las estratagemas y las demostraciones pacíficas para prolongar el error de los coaligados. Continuaba residiendo en Boulogne para hacer creer que nada había cambiado en sus determinaciones. Su diplomacia hasta entonces arrogante, había tomado el tono más dulce y conciliador: «No es audacia lo que ahora necesito, escribía á Talleyrand, sino pusilanimidad á fin de que tenga tiempo para prepararme, —25 de Agosto.—Eugenio, el vice-rey de Italia, recibía de su parte, por instrucción, el aviso, de «hablar de paz, pero obrar como en guerra.» En su marcha de Hannover al Danubio, Bernadotte tenía orden de decir á todo el mundo, que daba esta larga vuelta, al sólo objeto de llevar su cuerpo de tropas á Francia, —6 de Setiembre de 1805.—El *Moniteur* de ordinario tan provocativo cambiaba bruscamente de tono. No insertó una sola palabra más de política; hablaba de las nuevas publicaciones, de las erupciones del Vesubio, de la lluvia y del buen tiempo. Anunciaba gravemente «que los rusos continuaban haciendo preparativos contra los persas,» pero ni una sola palabra de las que se hacían en todas partes contra Francia. Al leer dicho diario, se diría que nunca Europa estuvo más tranquila; y sobre el 22 de Setiembre se decide á hacer público que los austriacos pasan el Inn el día 7 del mismo mes. Sin embargo, como no se podía disimular absolutamente ese gran movimiento de tropas, Napoleon había autorizado á sus ministros á confesar que, por medida de precaución, se concentraban una treintena de mil hombres

en la frontera del Este. Solo los principales jefes de cuerpo estaban enterados de sus verdaderos pensamientos.

A la vez que con tanta habilidad los disimulaba, tomaba en el exterior como en el interior, con una admirable decisión, todas las medidas que debían asegurar el triunfo. Tres de sus más hábiles oficiales, Murat, Bertrand y Savary eran enviados de incógnito en Alemania, para estudiar todas las localidades que debía recorrer el ejército, tomar todos los datos posibles sobre el estado de las plazas, de los caminos, de los ríos, sobre las posiciones ocupadas por el enemigo, sobre sus proyectos reales ó supuestos, y sobre las fuerzas de que podían disponer. Quería tener, y lo tuvo en realidad gracias á sus numerosos agentes en Alemania, el estado exacto de los movimientos de las tropas austriacas, día por día y regimiento por regimiento. Murat tenía además la misión de ver al elector de Baviera que estaba por Francia, pero quien, hasta la llegada de las tropas francesas, se veía con terror entregado á las tropas austriacas, debía tranquilizarle y anunciarle que Francia acudiría en su socorro. Llevábase una carta de Napoleon llena de protestas y de promesas. El emperador se abría á él, confiando á su honor el secreto de sus operaciones, anunciábase «el acrecentamiento y esplendor» que debía ser el precio de su fidelidad; y se lamentaba de verse obligado á recurrir al extremo de una guerra: «Mi corazón mana sangre, le decía, pensando en los males que serán la consecuencia de esas circunstancias, pero Dios sabe que soy inocente.»

Duroc estaba siempre en Berlín en donde se esforzaba en arrastrar la Prusia con el ofrecimiento del Hannover. Pero esta potencia que hubiese aceptado sin vacilar algunos momentos, ya que no se le pedía más que una simple demostración, estaba ahora demasiado comprometida con Rusia, se había quejado demasiado de la ambición de Francia por recibir un tal presente sin estipular cosa alguna para los intereses europeos. Aceptaba de buen grado todo lo que se había hecho en Italia, pero exigía que la independencia de Holanda y de Suiza fuese expresamente garantida, y Napoleon no quería oír hablar de una tal condición, la Prusia volvía, pues, á su sistema de neutralidad, pero con una secreta irritación contra Francia y con una marcada inclinación para sus adversarios.

Concluyóse un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Baden y la Hesse-Darmstadt. Nada se había firmado aún con Wurtemberg, pero todo anunciaba de su parte una adhesión que no estaba en es-

tado de rehusar. Para acabar con las vacilaciones del elector, Napoleon había ya hecho proponer al príncipe hereditario de Wurtemberg de que se le colocase en el sitio y lugar de su padre, pero ese proyecto no se llevó adelante. Esos pequeños Estados le suministraron un contingente de una docena de mil hombres que no entraron en línea, pero que no le fueron menos útiles guardando sus comunicaciones.

En cuanto al ejército bávaro que contaba 25.000 hombres, este debía combatir con los soldados franceses.

De todos los Estados que su debilidad sometía á Francia á discreción, sólo el reino de Nápoles quedaba excluido de esos tratados de alianza que no podían de otra parte tener otro efecto que consagrar su sujeción, disfrazándola bajo beneficios más onerosos que todos los males de la guerra. Saint-Cyr recibió la orden formal de apoderarse de Nápoles y de expulsar la corte en el momento mismo en que los ejércitos franceses pasasen el Rhin. Hasta entonces, como se lo encarga Napoleon en despacho del 2 de Setiembre de 1805, debía «disimular profundamente sus proyectos.» Pero algún tiempo después Napoleon encontró más ventajoso concluir con la corte de Nápoles un tratado de neutralidad, que le permitía llevar al Pó el cuerpo de tropas de Saint-Cyr á fin de servir de retaguardia y reserva á Massena. Cuando el *Moniteur* publicó ese tratado, le hizo preceder de las siguientes reflexiones:—«Sin duda, el interés de Francia aconsejaba que se asegurase por medio de una conquista útil y fácil un reino que tan de cerca toca con los Estados de S. M. en Italia. Pero ella no ha querido que se le pudiera imputar el haber puesto un obstáculo á la paz general; por esto ha seguido los impulsos de una política generosa y moderada que sirve de regla á todas sus determinaciones.» ¡Singular moderación la que expresa con ese menosprecio por los derechos de un soberano extranjero! Todas esas hermosas frases querían decir que, en ese momento crítico, se había juzgado oportuno aplazar la caída de los borbones de Nápoles; pero se les prevenía de que la partida quedaba aplazada. Esta exposición episódica basta para reducir á su justo valor todas las declamaciones de Napoleon con motivo de los manejos y perfidia de la corte de Nápoles.

A pesar del tono moderado de las notas de Talleyrand á Cobentzel, no logró aquél ganar á Austria todo el tiempo que Napoleon le había pedido, pero no por esto esta potencia fué menos completamente engañada respecto de la naturaleza y alcance

de los movimientos militares franceses. Precipitó su entrada en campaña con la esperanza de arrastrar al elector de Baviera. Este príncipe después de haber solemnemente prometido unir sus tropas á las del emperador de Austria, iba aplazando el momento de firmar un tratado de alianza. Austria para ganar 25.000 hombres, expuso su ejército y el mismo imperio á un peligro inminente que en verdad

no sospechaba. La última nota que cambió con el gobierno francés, en el momento de abrirse las hostilidades, no carece de fuerza ni de dignidad, bien que en ella figuren algunas quejas que no son más que protestas. Obligada á explicarse sobre sus armamentos, los motivaba por la necesidad de recordar á Francia el respeto de los tratados que ella misma había impuesto á Europa. Sin duda Austria



Pasa el ejército francés el Rhin

afectaba aquí un celo que no podía sentir en el fondo de su corazón para transacciones que habían sido la obra de nuestras victorias; pero en fin, puesto que era necesario partir de un estado legal, no se le podía rehusar el derecho de invocar los tratados hechos contra ella.—«La paz entre Francia y Austria, decía ese manifiesto, descansa sobre el tratado de Luneville, del cual una de sus condiciones estipula y garantiza la independencia de las repúblicas de Italia lo mismo que la de las repúblicas helvética y batava, asegurándoles la libertad de elegir su gobierno. Toda empresa para obligarles á adoptar un gobierno, una constitución, un amo, fuera de su libre voluntad, y conservando una independencia política real, es una infracción de la paz de

Luneville, y Austria tiene el derecho de reclamar, y de proseguir su mantenimiento.»

¡Extraño y memorable espectáculo! Austria reclama contra Francia, y reclama con verdad y justicia la independencia de esas repúblicas que había hecho y que ella había tanto combatido, ¿hay nada más propio para caracterizar la política francesa?

Luégo exponía el manifiesto las atenciones que había tenido con Francia; y si hasta entonces había consentido en callarse, había sido por espíritu de conciliación; pero no había renunciado ni á sus derechos, ni al sostenimiento del reposo público en Europa.—«Ese reposo está turbado, decía el manifiesto, cuando una potencia se atribuye derechos de ocupación, de protección, de influencia que no son

confesados ni por el derecho de gentes, ni por los tratados: cuando habla de los derechos de la victoria después de la paz que los ha anulado; cuando emplea la fuerza y el temor para dictar leyes á sus vecinos, para obligarles á asimilar sus constituciones á la suya, ó para arrancarles alianzas, concesiones, actas de sumisión y de incorporación; cuando pretende que su dignidad está ofendida si se le dirigen representaciones fundadas, mientras que sus propios periódicos atacan á todos los monarcas, en

fin, cuando se erige sola en árbitra de la suerte y de los intereses comunes de las naciones, y quiere excluir á las otras potencias de toda participación en el sostenimiento del equilibrio general, unas porque están sobrado lejos, otras porque un brazo de mar las separa del continente, oponiendo á las reclamaciones de las potencias más próximas al sitio de peligro, respuestas evasivas, reuniendo tropas en sus fronteras y amenazando con la ruptura si se ponen en estado de defensa.»



MARISCAL BERTHIER

A ese cuadro de Cobenzel de 12 de Setiembre de 1805, cuadro de una terrible y exacta verdad no se podía responder sino á cañonazos; y tal era en efecto la respuesta que Napoleon se disponía á dar á Austria. No habían terminado sus soldados su evolución sobre el Rhin cuando ya Francia entera estaba convertida en un vasto campo, y organizada de manera que pudiera bastarse á sí misma durante su ausencia.

Había dejado en Boulogne, para proteger la flotilla y defender las costas, un ejército de 25.000 hombres mandado por el mariscal Brune, formado con los depósitos de una parte de sus regimientos, y con los 10.000 marinos de la expedición de Inglaterra organizados en batallones. Decretó la reorganización de la milicia nacional en toda la exten-

sión del territorio, pero reservándose el nombramiento de los oficiales, movilizandolos en seguida la mejor gente de la misma, la parte más joven y sólida para dar guardia á las plazas fuertes. Completó sus medidas llamando bajo las armas no sólo el cupo del año corriente y el contingente atrasado de los años precedentes, sino que anticipó el llamamiento de los mozos que no debían alcanzar la edad legal sino dentro de los tres primeros meses del año siguiente. Esos llamamientos le constituían una reserva de cerca de 150.000 hombres que fueron dirigidos al Rhin para instruirse bajo las órdenes de los mariscales Kellermann y Lefébre.

Ese decreto dió lugar á una dificultad sumamente embarazosa, pero que no podía serlo para un hombre como Napoleon. Había prefijado la Consti-